

ENCICLICA "IUCUNDA SANE" (*)

(12-III-1904)

DEL SANTISIMO SEÑOR NUESTRO, POR LA PROVIDENCIA DIVINA
PAPA PIO X, EN OCASION DEL SOLEMNE CENTENARIO
DE SAN GREGORIO MAGNO

A los Venerables Hermanos, Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios, que están en paz y comunión con la Apostólica Sede

PIO PP. X

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

1. **Objeto de la Encíclica: Recordar el XIII centenario de la muerte de San Gregorio Magno.** Se acerca, Venerables Hermanos, la feliz recordación del grande e "*incomparable varón*"⁽¹⁾, el Pontífice GREGORIO, el primero de este nombre, cuyo solemne centenario, hemos de celebrar al cumplirse los 1300 años de su muerte.

Y pensamos que no sin particular providencia de Dios que *mortifica y vivifica...*, *humilla y exalta*⁽²⁾, ha sido dispuesto que, entre los casi innumerables cuidados de Nuestro apostólico ministerio, entre tantas congojas que Nos aportan los muchos y gravísimos negocios de la Iglesia confiada a Nuestro gobierno, entre las solicitudes que Nos apremian, tengamos la inmensa satisfacción, junto con vosotros, Venerables Hermanos, llamados a participar de Nuestro apostolado, y con los fieles todos encomendados a Nuestro cuidado, de volver Nuestras miradas, ya desde los comienzos de Nuestro sumo Pontificado, hacia este santísimo e ilustre Predecesor Nuestro, honra y gloria de la Iglesia.

Pues el alma se alza a una gran confianza en su patrocinio poderosísimo ante Dios, y se alegra con la memoria así de aquellas cosas que en su sublime

magisterio enseñó, como de las que santamente realizó.

Porque si él con la fuerza de sus preceptos y la fecundidad de sus virtudes marcó tan amplias, tan hondas y firmes huellas en la Iglesia de Dios que con justicia alcanzó de sus contemporáneos y de la posteridad el nombre de "*Magno*", y sigue mereciendo hoy, después de tantos siglos, la alabanza inscrita en su sepulcro: "*Vive siempre por sus innúmeras buenas obras*"⁽³⁾, es realmente imposible que a aquellos que con la gracia de Dios siguen sus admirables ejemplos, no les sea dado cumplir fielmente sus cargos, en lo que la humana flaqueza permite.

2. **Ambiente histórico al asumir Gregorio el Pontificado.** Apenas si es necesario seguir lo que es conocido a todos por los monumentos de la historia. La perturbación en el orden público había llegado al máximo, cuando GREGORIO subió al sumo Pontificado. La Edad Antigua estaba extinguiéndose; y habiéndose resquebrajado el poder de los romanos, los bárbaros habían invadido todos los dominios. Italia, abandonada de los emperadores bizantinos, se había casi convertido en presa de los Longobardos, los cuales, sin estar aún

(*) A. S. S. 36 (1904) 513-529. Traducción especial para la primera edición.

(1) Martyrol. Rom. 3 Sept.

(2) Reyes 2, 6, 7.

(3) Apud Joann. Diac. Vita Greg. 4, 68 (Migne PL. 75, col. 221-C).

organizados, excursionaban por todas partes, devastándolo todo a hierro y fuego, y sembrando por todas partes el dolor y la matanza.

Esta misma Roma, amenazada desde fuera por los enemigos, y azotada por dentro por la peste, las inundaciones y el hambre, había caído en tal miseria, que ninguna esperanza ya quedaba de mantener no sólo los ciudadanos, sino tampoco la multitud hacinada que en ella estaba refugiada. Y podían verse personas de todo sexo y condición, obispos, sacerdotes que llevaban los vasos sagrados salvados de la rapiña, religiosos, las castas esposas de Cristo, que con la fuga trataban de escapar a la espada del enemigo o a la deshonesta violencia de los corrompidos. El mismo GREGORIO llama a la Iglesia de Roma: *“nave vieja y violentamente quebrantada... pues por todas partes la invaden las olas, y las carcomidas tablas sacudidas por la continua y furiosa tempestad anuncian el naufragio”*⁽⁴⁾.

3. Su acción restauradora. Pero el timonel que Dios había suscitado era de mano poderosa, y gobernado con habilidad el timón no sólo llevó la nave a puerto seguro entre las agitadas tempestades, sino que también pudo asegurarla para las tormentas futuras.

Admirable de verdad es todo lo que hizo en el lapso de poco más de trece años de gobierno. Pues se afirmó como restaurador de toda la vida cristiana, excitando la piedad de los fieles, observancia en los monasterios, la disciplina en los clérigos, la pastoral solitud de los Obispos.

Como *“prudentísimo padre de la familia de Cristo”*⁽⁵⁾, conservó y aumentó el patrimonio de la Iglesia, en beneficio del pueblo necesitado, de la sociedad cristiana y de cada una de las iglesias, socorriéndolas con largueza según la necesidad de cada uno. Verdadera-
515 *“hecho embajador de Dios”*⁽⁶⁾, extendió hasta más allá de los muros de

Roma la fecundidad de su activa voluntad, y la empleó enteramente para bien del pueblo.

Resistió con fortaleza a las injustas pretensiones de los emperadores bizantinos; como público defensor de la justicia social, quebrantó la audacia de los exarcas y administradores del Imperio y puso valla a su baja avaricia. Amansó la ferocidad de los Longobardos, no temiendo en modo alguno salir al encuentro de AGILULFO a las puertas de Roma, para persuadirle que desistiese en el sitio de la ciudad, lo mismo que el Pontífice LEÓN EL GRANDE había hecho con ATILA. Y no cesó en sus ruegos y suave persuasión, ni dejó de trabajar con toda sagacidad hasta que vio a aquella tan temida gente en paz al fin, y constituida bajo la forma más equitativa de una república, con la ayuda principalmente de la piadosa reina TEODOLINDA, su hija en Cristo.

Por lo cual GREGORIO se conquista con toda justicia el nombre de guardián y libertador de Italia, es decir de esta tierra, que él dulcemente llama *suya*⁽⁷⁾.

4. Frente a las herejías y la conversión de Bretaña. Gracias a su incesante actividad pastoral se extinguen en Italia y en Africa los restos de antiguos errores, en la Galia se organiza la Iglesia, en España los Visigodos completan su comenzada conversión, los célebres pueblos de Bretaña, que *“situados en un rincón del mundo se habían mantenido infieles en el culto de los árboles y las piedras”*⁽⁸⁾, también se acercan a la verdadera fe de Cristo. Al recibir la noticia de esta tan preciosa conquista GREGORIO se llenó de aquel júbilo con que un padre recibe el abrazo del hijo querido, refiriendo todo a Jesús Salvador *“por cuyo amor —dice— buscábamos en Bretaña los hermanos que no conocíamos, y con cuya ayuda hemos encontrado a los que, aun sin conocerlos, buscábamos”*⁽⁹⁾.

(4) Registrum 1, 4 ad Joann. episcop. Constantinop (Migne PL. 77, col. 447-B).

(5) Joann. Diac. Vita Greg. 2, 51 (Migne 75, col. 109-B).

(6) Inscr. sepulcr. (Migne 75, 221-C).

(7) Registr. 5, 36 (40) ad Mauricium Aug. PL. 77, 765 s).

(8) Registr. 8, 29 (30) ad Eulog. episc. Alexan. (PL. 77, 932-B).

(9) Registr. 11, 36 (28) ad Augustin. Anglorum episcp. (Migne PL. 77, col. 1138-C).

Y ese pueblo se mostró tan agradecido al Santo Pontífice, que llegó a llamarle "*nuestro maestro, nuestro apóstol, nuestro Papa, nuestro Gregorio*" y se consideró como el sello de su apostolado.

En fin, fue tanta en él la fuerza de su obra, y su robustez, que la memoria de las obras por él hechas está muy profundamente impresa en el ánimo de la posteridad, y en especial de la Edad Media a la que llevaba en cierto modo el espíritu que él le infundiera, que tomada sus palabras como si fueran su alimento, que conformaba su vida y costumbres a sus ejemplos, dando así paso felizmente en todo el orbe a la edad cristiana, sobre la romana que, con el curso de los siglos, había dejado totalmente de existir.

⁵¹⁶ "*Esta mudanza es la obra de la diestra del Altísimo!*". Pero puede afirmarse con certeza que GREGORIO estuvo enteramente persuadido de que ninguna otra mano sino la de Dios había realizado tales cosas.

Pues acerca de la conversión de Bretaña habla al santo monje AGUSTÍN con estas palabras, que pueden entenderse extendiéndolas a todas las demás obras de su apostólico ministerio: "*¿De quién es esta obra, dice, sino de aquel que dice: «Mi Padre y yo hasta ahora obramos juntos»?*"⁽¹⁰⁾. "*El que, para mostrar al mundo que lo convertía a sí no por la sabiduría de los hombres, sino por su propio poder, eligió para predicadores suyos, que envió al mundo, a hombres iletrados, y sigue obrando así ahora, pues se ha dignado hacer grandes cosas en los pueblos anglos por medio de los débiles*"⁽¹¹⁾.

5. Sus dotes de gobierno y fortaleza espiritual. Mas de ninguna manera se Nos oculta lo que escapaba totalmente a los ojos del santo Pontífice, que pensaba de sí como de cosa vil; su pericia en los asuntos a tratarse, su sagaz ingenio para terminar con felicidad lo comenzado, su admirable prudencia para disponer las cosas, su asidua vigilancia e ininterrumpida solicitud.

Y es igualmente evidente que acrecentó su fuerza y su poder, mas no como los príncipes del mundo, el que, teniendo la más alta dignidad pontificia, quiso el primero llamarse "*Siervo de los siervos del Señor*"; y que se abrió camino no solamente con la ciencia profana, o "*con las palabras volubles de la humana sabiduría*"⁽¹²⁾; ni con los consejos tan sólo de la prudencia del mundo, ni con los planes preparados en largas modificaciones y luego llevados a la práctica para restaurar la sociedad, ni tampoco —cosa admirable— con algún vasto proyecto concebido en su mente para cumplirlo poco a poco en su apostólico ministerio, sino que por el contrario, como es sabido, estaba convencido de la proximidad del fin del mundo y de que, en consecuencia, poco tiempo quedaba para grandes obras.

De constitución sobremanera delicada y enfermiza, afectado por largas enfermedades, muchas veces en peligro de muerte, gozaba sin embargo de una increíble fortaleza de ánimo a la que siempre daba nuevo alimento la fe viva en las palabras infalibles de Cristo y en sus divinas promesas. Ponía su máxima confianza en la fuerza conferida por Dios a la Iglesia, con la cual podía desempeñar fielmente su ministerio en la tierra.

Por lo cual fue propósito de toda su vida —como lo comprueban cada una de sus palabras y acciones— alimentar en sí mismo esa fe y confianza, excitarla vivamente en los demás, y seguir, en cuanto le fuera posible, lo mejor, hasta el último día de su vida. ⁵¹⁷

De ahí la firme voluntad del santo varón por dirigir hacia el bien común aquella riquísima abundancia de dones celestiales con que Dios enriqueció la Iglesia; como son: la infalible verdad de la doctrina revelada, su eficaz predicación que ilumina al mundo, los sacramentos, que tienen el poder de dar y aumentar la vida del alma, y en fin la gracia de las súplicas hechas en nombre de Cristo, prenda del auxilio celestial.

(10) Joann. 5, 17.

(11) Registr. 11, 36 (28) PL. 77, 1139-B).

(12) I Cor. 2, 4.

6. Parangón entre la Iglesia en tiempos de San Gregorio y los actuales; su perennidad. El recuerdo de estas cosas, Venerables Hermanos, Nos es sumamente grato, ya que al mirar en derredor Nuestro, desde esta cima de las murallas Vaticanas, no podemos dejar de sentir el mismo o quizás mayor temor que el que dominaba a GREGORIO. Tantas tempestades se levantan por todas partes, tantas adiestradas falanges de enemigos apremian, y a tal punto estamos desprovistos de todo auxilio humano, que no hay manera de rechazar aquéllas ni de resistir al ímpetu de éstos.

Pero considerando que allí donde pise Nuestro pie, estará constituida esta Sede Pontificia, en la fortaleza de la Santa Iglesia Nos sentimos seguros.

“¿Quién en verdad ingora —así escribía GREGORIO al patriarca de Alejandría EULOGIO— que la santa Iglesia está basada en la solidez del príncipe de los Apóstoles, el cual llevó en su nombre esa fortaleza, de tal modo que se llamó Pedro, derivando de piedra?”⁽¹³⁾.

Esa fortaleza divina de la Iglesia no faltó en ningún momento, ni las promesas de Cristo han fallado; antes bien, perseveran tales como alentaron el ánimo de GREGORIO, y aun se robustecen mucho más para Nosotros ante la comprobación de tantos siglos y tantas vicisitudes.

Los reinos y los imperios han desaparecido; han perecido las gentes esclarecidas por la fama de su nombre y por los elogios del mundo; las mismas naciones muchas veces se han aniquilado como envejecidas. Pero la Iglesia, sin debilitarse en su naturaleza, unida al celestial Esposo con lazo indisoluble, permanece en esta flor de su eterna juventud, gozando de la misma fortaleza con que nació del traspasado corazón de Cristo muerto en la Cruz.

Los poderosos de la tierra se lanzaron contra ella. Desaparecieron éstos, pero ella sobrevivió. Maestros famosos idearon argumentos filosóficos de una variedad casi infinita, para refutar siquiera una vez la doctrina de la Iglesia,

rechazar los dogmas de la fe y mostrar como absurda toda su enseñanza. Pero mientras la historia considera a todos esos argumentos olvidados y destruidos de raíz, la luz de la verdad resplandece desde la ciudadela de PEDRO con el mismo fulgor, que Jesús encendió con su nacimiento y alimentó con las divinas palabras: *“el cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”*⁽¹⁴⁾.

Nosotros, fortalecidos en esta fe, afirmados sobre esta roca, —mientras observamos con la mente y con los ojos todas las gravísimas obligaciones del sagrado Pontificado, al mismo tiempo que su vigor emanado del cielo—, tranquilos esperamos hasta que se acallen las voces de tantos vociferadores que dicen haberse acabado la Iglesia Católica y caído eternamente su doctrina; en una palabra, haber llegado a tal punto que se vea obligada a admitir los dictados de la ciencia y de la humanidad que rechazan a Dios, o a apartarse de la sociedad de los hombres.

7. Necesidad de la Iglesia y su actitud ante el poder civil. En tal situación sin embargo, no podemos hacer otra cosa que, con el mismo GREGORIO, traer a la memoria de todos, grandes y pequeños, cuán necesario es refugiarse en la Iglesia, por medio de la cual se da así la salvación eterna, como la paz y hasta la misma prosperidad de esta vida terrena.

Por lo cual, para usar de las palabras del santo Pontífice, *“dirigid, como habéis comenzado, los pasos de la mente hacia su pétrea solidez, en la que sabéis que Nuestro Redentor, fundó su Iglesia en todo el mundo, a fin de que los pasos rectos del corazón sincero no tropiecen con caminos desviados”*⁽¹⁵⁾. Sola la caridad de la Iglesia y la unión con ella *“une lo dividido, ordena lo desordenado, reúne lo desigual, perfecciona lo imperfecto”*⁽¹⁶⁾.

Debe tenerse bien presente que *“nadie puede gobernar bien las cosas terrenas si no sabe tratar las cosas divinas”*, y que *“la paz de la república depende*

(13) Registr. 7, 37 (40) PL. 77, 899-A).

(14) Mateo 24, 35.

(15) Registr. 8, 24 ad Sabin. (PL. 77, 936-C).

(16) Registr. 5, 58 (53) a Virgil., obispo (PL. 77, 782-B).

de la paz de la Iglesia toda"⁽¹⁷⁾. De aquí la suma necesidad de una perfecta concordia entre la potestad eclesiástica y la civil, con lo cual quiso la providencia de Dios que ambas con mutuo auxilio se ayudaran. "*Pues para esto el poder... ha sido dado desde el cielo sobre todos los hombres: para que sean ayudados los que desean el bien, para que el camino del cielo sea más asequible, para que el reino de la tierra ayude a la conquista del reino del cielo*"⁽¹⁸⁾.

De estos principios emanaba aquella invencible fortaleza de GREGORIO, que con la ayuda de Dios procuraremos imitar, proponiéndonos defender por todos los medios y hasta lo último los derechos y privilegios, cuya custodia y protección está encomendada al Pontífice romano, ante Dios y ante los hom-
 19 bres. Por lo cual el mismo GREGORIO escribe a los patriarcas de Alejandría y Antioquía, que cuando se trata de los derechos de la Iglesia "*aún con la muerte debemos mostrar que no amamos nada nuestro, si es con daño de la colectividad*"⁽¹⁹⁾. Y a MAURICIO AUGUSTO: "*Aquel que, por arrogancia de vanagloria, levanta su cabeza contra el Señor omnipotente y contra lo establecido por los Padres, ni con la espada, lo espero de Dios omnipotente, hará doblar la mía*"⁽²⁰⁾. Y al diácono SABINIANO escribe: "*Tú sabes cómo soporto tales cosas yo que estoy dispuesto a morir antes que hacer degenerar a la Iglesia del beato apóstol PEDRO. Tú conoces bien mi carácter, que soporto mucho tiempo, pero cuando me decido una vez a no soportar más tiempo, me enfrento alegre con todos los peligros*"⁽²¹⁾. Igualmente el Pontífice GREGORIO hacía públicas numerosas advertencias; y aquellos a quienes iban dirigidas las obedecían. Así, prestando dócil oído tanto los príncipes como los pueblos, el mundo volvía sobre el camino de la verdadera salvación, y se encaminaba hacia una humanidad tanto más noble y fecunda cuanto más fuertemente fundamentada para el rec-

to uso de la razón y, para la disciplina de las costumbres, sacaban para ello toda su fuerza de la doctrina revelada y de los preceptos del evangelio.

Pero en aquel tiempo los pueblos, aunque rudos, incultos y salvajes, eran hambrientos de vida; y ésta no podía darla nadie sino Cristo por su Iglesia: "*Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia*"⁽²²⁾. Tuvieron en verdad vida y la tuvieron abundante. Pues de la Iglesia no puede venir sino vida sobrenatural, y ésta lleva en sí y desarrolla también las fuerzas vitales de orden natural. "*Si la raíz es santa, también lo serán las ramas*" —escribe PABLO a los paganos— "*...tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en aquellas, y hecho partícipe de la raíz y de la rica savia del olivo*"⁽²³⁾.

8. El modernismo, enemigo actual de la Iglesia. Pero nuestra época, aunque disfrute de tanta luz de cristiano humanismo que bajo ningún concepto puede compararse con la edad de GREGORIO, parece sin embargo desechar aquella vida, de la cual principalmente, y con frecuencia únicamente, han de ser extraídos, como de su fuente, no solamente los bienes pasados sino también los presentes.

Y no solamente, como alguna vez al nacer errores y divisiones, ella misma
 520 se poda como rama inútil, sino que hiere la profunda raíz del árbol, que es la Iglesia, y trata de agotarle la savia vital para con más seguridad arruinarlo de modo que ningún brote pueda echar en el futuro.

Este moderno error, el mayor, del cual fluyen los demás, es la causa porque Nos condolemos por tan grande daño de la salud eterna de los hombres y por tanto detrimento que padece la religión, espantándonos ante su inminencia si no se pone remedio.

Se niega que haya algo superior a la naturaleza; que haya un Dios creador de las cosas, cuya Providencia todo lo rige; que puedan producirse milagros; y quitadas estas cosas necesariamente

(17) Registr. 5, 37 (20) ad Mauric. Aug. (PL. 77, 744-D).

(18) Registr. 3, 61 (65) ad Mauric. Aug.

(19) Registr. 5, 41 (43) (PL. 77, 774-B).

(20) Registr. 5, 37 (20) (PL. 77, 747-B).

(21) Registr. 5, 6 (4, 47) (PL. 77, 721-A).

(22) Juan 10, 10.

(23) Ad Rom. 11, 16, 17.

se destruyen los fundamentos de la religión cristiana. Se atacan aun los argumentos por los cuales se demuestra la existencia de Dios, y con temeridad increíble se va contra los primeros principios de la razón, se repudia aquella irresistible fuerza de argumentación por la cual se llega a través de los efectos hasta la causa, esto es, Dios y sus atributos no circunscritos por límite alguno. *“Sus atributos invisibles se hacen visibles por la creación del mundo, al ser contemplados a través de las cosas que han sido hechas”*⁽²⁴⁾.

Fácil es desde allí el paso a otros monstruosos errores que repugnan a la recta razón y son perniciosos a las buenas costumbres.

9. El Criticismo histórico y sus falsedades. Pues, en efecto, la negación gratuita del principio sobrenatural, que es propia de la *“ciencia de falso nombre”*⁽²⁵⁾, se convierte en postulado de una crítica histórica igualmente falsa. Todo lo que por cualquier razón atañe al orden sobrenatural de las cosas, ya sea porque lo constituye, o porque está unido a él, o porque lo presupone, o finalmente porque si no es por él no se pueden explicar muchas otras cosas, todo eso, sin previa investigación alguna, es borrado de las páginas de la historia. Así la divinidad de Jesucristo; su encarnación por obra del Espíritu Santo; su resurrección, por su propia virtud, de entre los muertos; en fin, todos los demás dogmas capitales de nuestra fe. Y una vez iniciado este falso camino, la ciencia ya no se ajusta a ninguna ley crítica y lo que no se allana a su ánimo belicoso, o lo que estima contradecir a su demostración, todo esto es arrancado de los sagrados libros. Y una vez quitado el orden sobrenatural es forzoso erigir la historia de los orígenes de la Iglesia sobre otros fundamentos; así, los constructores de nuevas teorías falsean a su gusto los documentos, presentándolos no según el sentido del autor, sino según sus propios gustos.

521 Con el gran aparato de doctrina de éstos, o con la artera fuerza de sus

argumentos muchos se dejan engañar, hasta alejarse de la fe, o debilitarse en ella.

Hay también quienes, constantes en su fe, se irritan contra la disciplina crítica, considerándola demoledora, cuando ella en realidad está libre de culpa, y legítimamente usada conduce a felices investigaciones. Pero ni unos ni otros consideran con atención lo que equivocadamente ponen y presuponen, esto es, la ciencia de falso nombre, partiendo de la cual necesariamente caen en las demás falsedades. Un falso principio de filosofía inevitablemente corrompe todo lo que de él dimana.

Estos errores empero nunca podrán ser suficientemente refutados a no ser que, cambiando el frente de batalla, es decir, sacando a los que yerran del refugio de su crítica, donde se creen seguros, se los lleve al legítimo campo filosófico, del cual alejados cayeron en el error.

Da pena entre tanto, volver a traer contra hombres de mente sutil y de ingenio, las palabras de PABLO, que increpa a los que desde lo terreno no se elevan hasta las cosas invisibles: *“Se envanecieron con sus pensamientos y se oscureció su necio corazón; llamándose sabios, se hicieron necios”*⁽²⁶⁾. Pues en verdad ha de llamarse necio aquel que gasta las energías de su mente en fabricar sobre arena.

10. Daños que se siguen de estas doctrinas. No menos han de lamentarse los daños que de esta negación se siguen para las costumbres de los hombres, y para la vida de la sociedad. Pues, quitada la opinión de que, además de esta naturaleza visible, hay algo divino, nada queda, que reprima las ocasiones exacerbadas o torpes que arrastran a los esclavizados espíritus a las peores maldades. Pues, *“Dios los entregó a los deseos e impurezas de sus corazones; para que sean ultrajados en sí mismos”*⁽²⁷⁾.

A vosotros, Venerables Hermanos, de ninguna manera se os oculta cuánta corrupción de costumbres se extiende

(24) Rom. 1, 20.

(25) I Timot. 6, 20.

(26) Rom. 1, 21-22.

(27) Rom. 1, 24.

por todas partes, la que no podrá ser contenida por el poder civil, a no ser que acuda a la ayuda del orden más alto, que hemos mencionado. Ni siquiera para sanar las demás enfermedades tendrá poder la autoridad humana, si se olvida o niega que toda potestad proviene de Dios.

Pues en tal caso, el único freno con que se pueden regir las cosas es la fuerza, que no siempre se aplica ni siempre se tiene a mano; con lo cual el pueblo padece de una como enfermedad oculta, desprecia todas las cosas, pregona el derecho de obrar a su arbitrio, suscita sediciones, prepara turbulentas revoluciones en la república, y trastorna todos los derechos divinos y humanos.

Quitado Dios, no queda respeto alguno por las leyes de la ciudad, por las instituciones fundamentales, se desprecia la justicia, se oprime hasta la misma libertad, que es de derecho natural; y se llega hasta disolver los lazos de la familia, primero y firmísimo fundamento de la sociedad civil. Por eso sucede que, en estos tiempos hostiles a Cristo, más difícilmente se puedan aplicar los eficaces remedios que Cristo dio a la Iglesia para mantener en sus deberes a los pueblos.

11. Unicamente en Cristo está la salvación. En ninguna parte, sin embargo, sino en Cristo está la salvación: *"Pues ningún otro nombre bajo el cielo ha sido dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos"*⁽²⁸⁾. Es necesario pues volver a El, echarse a sus pies, beber de aquellos divinos labios palabras de vida eterna; pues sólo puede indicar el camino para recuperar la salud, sólo puede enseñar la verdad, sólo puede llamar a la vida, aquel que dijo de sí: *"Yo soy el camino, la verdad, la vida"*⁽²⁹⁾.

Se ha tentado de nuevo una reconstrucción, sin Cristo, de la humanidad; se comenzó a edificar dejando de lado la piedra angular, cosa que Pedro ya reprochaba a los que habían crucifica-

do a Cristo. Pero he aquí que esa mole nuevamente reconstruida se derrumba, quebrantando la cabeza de los que la han edificado. Mientras que Jesús, la piedra angular de la sociedad humana, permanece; comprobándose de nuevo la sentencia de que sólo en El está la salvación. *"Esta es la piedra que ha sido despreciada por vosotros en vuestra construcción, y que ha llegado a ser la piedra angular, y no hay salvación en otro alguno"*⁽³⁰⁾.

12. Defensa por medio de la oración y la predicación de la verdad. Por eso comprenderéis fácilmente, Venerables Hermanos, cuán gran necesidad urge a cada uno de nosotros de suscitar, con el mayor ánimo que podamos y con las fuerzas que tengamos, esta vida espiritual en todos los órdenes de la sociedad humana, desde el más humilde artesano, que gana su pan con el diario sudor de su frente, hasta los poderosos, árbitros de la tierra.

Primeramente se debe pedir, con preces privadas y públicas, la misericordia de Dios, para que esté presente con su poderoso auxilio, clamando como en otro tiempo los Apóstoles en medio de la tempestad: *"Sálvanos, Señor, que perecemos"*⁽³¹⁾.

Aunque esto no basta. GREGORIO dice ser falta del obispo el que, llevado del amor del sagrado retiro y de la afición a la oración, no salga a pelear denodadamente por la causa del Señor, diciendo: *Vanamente tiene nombre de Obispo*⁽³²⁾.

Y con razón; pues la luz debe ser llevada a las mentes con la continua predicación de la verdad y la valiente refutación de las erradas opiniones por medio de la verdadera y sólida ciencia, de la filosofía y la teología y por todos los medios que los genuinos adelantos de la investigación histórica ofrecen. Es necesario además inculcar a todos los ejemplos dejados por Cristo, de modo que aprendan a ejercer el dominio de sí mismos, dominar los impulsos, reprimir la hinchada soberbia, obe-

(28) Act. 4, 12.

(29) Juan 14, 6.

(30) Act. 4, 11, 12.

(31) Mateo 8, 25.

(32) Registr. 6, 63 (30) (PL. 77, 822-B). Cfr. Regu. Past. 1, 5 (PL. 77, col. 18-19).

decer a la autoridad, respetar la justicia, unirse todos en el amor, suavizar la aspereza de las diferencias de fortuna en la sociedad por medio de la caridad cristiana, apartar la mente de los bienes terrenos, estar contentos con la suerte que la Providencia les haya deparado, hacerse más benignos en el desempeño de sus oficios y aspirar a la vida futura, con la esperanza del eterno galardón.

Hay que cuidar sobre todo de que estas cosas se introduzcan en los ánimos firmemente, para que la verdadera y sólida piedad eche raíces profundas, para que cada uno cumpla no sólo de palabra sino en los hechos sus deberes de hombre y de cristiano y se acoja con la confianza de un hijo a la Iglesia y a sus ministros, por cuyo ministerio pidan ser de los admitidos, se fortalezcan con la gracia de los Sacramentos, y acomoden su vida a los preceptos de la ley cristiana.

13. La caridad en el Sagrado ministerio. Es necesario que acompañe a estas partes principales del oficio sagrado la caridad de Cristo, con cuyo impulso nadie hay a quien no levantemos estando caído, no consolemos estando afligido, y ninguna necesidad hay que no auxiliemos.

A esta caridad entreguémonos totalmente, a ella se dirija toda nuestra actividad, sean pospuestas a ella todas nuestras utilidades y comodidades, de modo que *"hechos todo para todos"*⁽³³⁾, busquemos la salvación de todos aún con el precio de la vida, según el ejemplo de Cristo que pide esto de los pastores de la Iglesia: *"El buen pastor da la vida por sus ovejas"*⁽³⁴⁾. En estas insignes palabras está referido lo que GREGORIO dejó escrito, y que está mucho mejor expresado en los numerosos ejemplos de su admirable vida.

14. Peligro de los que se acercan al error para salvar a los que erran. Mas porque estas cosas dimanar necesariamente de la naturaleza de los principios de la revelación cristiana, y de las pro-

piedades intrínsecas de nuestro apostolado, ya veis, Venerables Hermanos, cuánto yerran quienes creen merecer bien de la Iglesia y cooperar fructuosamente en la eterna salvación de los hombres si, con cierta prudencia profana, enseñan muchas doctrinas de la ciencia de falso nombre, llevados de la vana esperanza de poder así atraerse más fácilmente la simpatía de los que están en el error, pero en realidad poniéndose ellos mismos en peligro de perdición. Pero la verdad es una e indivisible; y es eterna en su duración, y no sujeta a la mudanza de los tiempos: *"Jesucristo, ayer y hoy; y por todos los siglos"*⁽³⁵⁾.

También se engañan sobremanera aquellos que, al otorgar beneficios públicos, especialmente defendiendo los intereses de sus conciudadanos, se preocupan sobremanera de aquello que atañe al sustento y cuidado del cuerpo, y pasan en silencio la salud de las almas y los gravísimos deberes de la profesión cristiana.

Ni se avergüenzan de cubrir como con velos algunos de los más altos preceptos del evangelio, temerosos quizá de que sean por ello menos escuchados o abandonados.

No será ciertamente ajeno a la prudencia el proceder con cautela, aún tratándose de la exposición de la verdad, cuando hay que tratar con aquellos que sienten aversión por Nuestras instituciones y están enteramente alejados de Dios. De ahí la frase de GREGORIO: *"las heridas que deben ser curadas, antes deben ser palpadas con mano suave"*⁽³⁶⁾.

Pero esta misma cautela se convertirá en una prudencia de la carne, si se hace norma de obras constante y común, y tanto más, porque por ella parecería ser tenida en poco la gracia divina; la cual no se concede solamente al sacerdocio y a sus ministros, sino a todos los fieles de Cristo para que nuestros dichos y hechos brillen en sus almas. Y esta prudencia fue desconocida de GREGORIO tanto en la predicación del evangelio, como en sus demás obras admirables para levantar al prójimo de

(33) I Cor. 9, 22.

(34) Juan 10, 11.

(35) Hebr. 13, 8.

(36) Registr. 5, 44, (18) al ob. Juan de Constantinopla (PL. 77, 738-D).

las miserias. Siguió constantemente las huellas de los Apóstoles, cuya voz, cuando comenzaron a recorrer el mundo para anunciar a Cristo, fue ésta: *"Predicamos a Cristo crucificado, que es escándalo para los Judíos y necesidad para los gentiles"*⁽³⁷⁾.

Y si hubo tiempo en que la ayuda de la prudencia humana parecía oportuna en sumo grado, fue ciertamente aquel en que no había ninguna preparación de los ánimos para seguir doctrina tan nueva, tan repugnante a las inclinaciones naturales, tan opuesta a la floreciente cultura de los griegos y romanos. Con todo, este género de prudencia los apóstoles a quienes eran patentes los divinos decretos, lo creyeron ajeno a sí; *"plugo a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicción"*⁽³⁸⁾.

⁵²⁵ Esa locura, ahora como siempre, *"para aquellos... que son salvos, es decir para nosotros, es la virtud de Dios"*⁽³⁹⁾. En el escándalo de la cruz, así como antes, así también en lo futuro, hallarán las armas más poderosas; como en tiempos pasados, así en lo sucesivo nuestra victoria estará en ese signo.

15. La creación de Obispos y la formación del Clero. Estas armas, sin embargo, Venerables Hermanos, perderán toda su fuerza, y no serán útiles para nada, si son manejadas por quienes no llevan una vida interior unida a Cristo, por quienes no están afirmados en la verdadera piedad, por quienes no arden en el deseo de extender la gloria de Dios y su reino. Y todo esto creyó GREGORIO ser de tal manera necesario, que ponía todo su cuidado en crear Obispos y Sacerdotes a quienes veía abrasados con grande deseo del honor divino y de la salud de los hombres.

Esto se propuso en un libro intitulado *"Regla pastoral"*, en que se dan normas para la buena formación del clero y el gobierno de los Obispos; normas no sólo utilísimas para aquellos

tiempos, sino también para los nuestros.

El mismo, según escribe el relator de su vida, dirigía *"como un Argos la mirada de su pastoral solicitud a través de todo el mundo"*⁽⁴⁰⁾ para advertir en el instante si algún vicio o negligencia se notaba en el clero. Y aún el solo pensamiento del peligro de que la bajeza y la corrupción pudieran invadir las costumbres de los clérigos, le llenaba de pavor.

Si descubría algún acto contra la disciplina de la Iglesia, se angustiaba por ello y nada había que lo tranquilizara. Entonces se le podía ver amonestando, corrigiendo, amenazando a los culpables con las penas canónicas, aún aplicándolas a veces, separando asimismo de sus cargos a los indignos, sin demora alguna y sin aceptar razones de ninguna índole.

Aconsejaba además muchas otras cosas, que se leen con frecuencia en sus escritos expresadas con estas palabras: *"¿Con qué ánimo hace de intercesor ante Dios en favor del pueblo, quien no sabe que mora siempre en su gracia por los méritos de su vida?"*⁽⁴¹⁾ *"Pues si las pasiones viven en sus obras, ¿tocado de qué presunción se aferra en curar, el que en su rostro lleva la llaga?"*⁽⁴²⁾. ¿Qué frutos podrán esperarse de los fieles de Cristo, si los pregoneros de la verdad *"combaten con sus costumbres lo que predicán con las palabras?"*⁽⁴³⁾. *"En verdad no puede destruir los delitos ajenos aquel a quien destruyen los propios"*⁽⁴⁴⁾.

16. El modelo del verdadero sacerdote. Así juzga y describe el modo ⁵²⁶ de verdadero sacerdote: *"el que muriendo a todas las pasiones de la carne, vive espiritualmente; el que pospuso los bienes del mundo; el que no teme ninguna adversidad y sólo desea los bienes espirituales;... el que no se deja llevar a desear de lo ajeno, sino que es pródigo con lo propio; el que por sus entrañas de piedad se inclina más rápida-*

(37) I Cor. 1, 23.

(38) I Cor. 1, 21.

(39) I Cor. 1, 18.

(40) Joann. Diac., lib. 2, c. 55 (PL. 75, 112-C).

(41) Reg. Past. 1, 10 (PL. 77, 23-C).

(42) Reg. Past. 1, 9 (PL. 77, 22-D).

(43) Reg. Past. 1, 2 (PL. 77, 15-C).

(44) Reg. Past. 1, 11 (PL. 77, 26-C).

mente al perdón, pero nunca, al perdonando, descende de aquel alto castillo, que es la rectitud, más de lo conveniente; el que no comete cosa ilícita alguna, sino que deplora como propias las cometidas por otros; el que con afectuoso corazón se duele de la enfermedad ajena; y el que se alegra por el bienestar y adelantos del prójimo; el que da buen ejemplo a los demás en todo lo que haga de modo que ante ellos no tenga que avergonzarse de nada; el que se preocupa por vivir de modo que pueda regar los corazones sedientos del prójimo; el que en la asidua oración y con la experiencia aprendió que puede obtener de Dios lo que le pide"⁽⁴⁵⁾.

17. Especial cuidado en la promoción al sacerdocio de parte de los obispos. ¡Cuán seriamente, Venerables Hermanos, un Obispo debe consultar consigo mismo y con Dios, antes de imponer las manos a los nuevos levitas! "*Ni por el favor, o súplica de nadie —dice GREGORIO— se atreva a promover a las sagradas Ordenes, sino a aquel que muestre ser digno de ello, por la calidad de su vida y de sus actos*"⁽⁴⁶⁾. ¡Cuánto debe reflexionar antes de confiar los deberes del apostolado a los sacerdotes recién ungidos! Los cuales, si no han sido probados adecuadamente bajo el vigilante cuidado de prudentísimos sacerdotes; ni ofrecen pruebas en que conste claramente la honestidad de su vida pasada, un carácter inclinado a la piedad, un ánimo dispuesto a obedecer a todo aquello que ha establecido el uso constante de la Iglesia, o ha sido confirmado por una larga experiencia, o les fuere mandado por *los Obispos que el Espíritu Santo puso para regir la Iglesia de Dios*, desempeñan su sacerdocio no para salud del pueblo cristiano, sino para su perdición⁽⁴⁷⁾.

Pues sembrarán discordias, organizarán rebeliones más o menos ocultas, dando al pueblo el triste espectáculo de voluntades discrepantes en Nuestra grey, cuando en realidad estas cosas

deplorables hay que atribuir las a la soberbia y contumacia de unos pocos.

Lejos, muy lejos estén de todo cargo los suscitadores de discordias; pues ni la Iglesia necesita de estos apóstoles, ni éstos hacen apostolado por Cristo crucificado sino que son apóstoles de sí mismos.

Todavía Nos parece tener ante Nuestros ojos la imagen de GREGORIO, en el Concilio pontificio de Letrán, rodeado por una corona de obispos congregados desde todas partes, en presencia de todo el clero de Roma. ¡Qué fecunda exhortación acerca de los deberes de los clérigos fluye de su boca! ¡Qué fuego de ardor le consume! Su discurso, a modo de rayo, fulmina la depravación de los hombres; son sus palabras como otros tantos azotes que sacuden a los sumidos en la inercia; son, llamas del amor divino que exhortan aun las almas más fervientes. Leed enteramente, Venerables Hermanos, y proponed a la lectura y consideración de vuestro clero, principalmente en el sagrado retiro anual, esta admirable homilía del santo Pontífice⁽⁴⁸⁾.

El santo, no sin gran aflicción de su alma, se lamenta de esto y de otras cosas: "*He aquí que el mundo está lleno de sacerdotes, sin embargo apenas se encuentra un operario en la mies de Dios; porque recibimos, ciertamente, el oficio sacerdotal, pero no cumplimos las obligaciones de tal oficio*"⁽⁴⁹⁾. ¿Cuánto vigor, en verdad, adquiriría hoy la Iglesia, si tuviera tantos operarios como sacerdotes? ¿Cuán ricos frutos sacarían los hombres de la vida divina de la Iglesia, si todos se dedicaran a extenderla?

Al hablar así, GREGORIO excitó vivamente la actividad en el divino servicio, y con su impulso hizo que se mantuviera en los tiempos posteriores. Por lo cual la edad Media se distingue por una nota diríamos Gregoriana, pues casi todos sus adelantos son debidos a este pontífice, sea el ordenamiento del clero, sean las grandes obras de caridad y beneficencia pública, o la enseñanza de

(45) S. Greg., Regula Past. 1, 10 (PL. 77, 23).

(46) Registr. 5, 63 (58) ad universos episcopos de Helladia, prov. de Constant. (PL. 77, 794-A).

(47) Act. 20, 28.

(48) Hom. in Evang. 1, 17 (PL. 76, col. 1138-1149).

(49) Ibid. n. 3 (PL. 76, col. 1139-C y D).

una más perfecta santidad, y un mejor establecimiento de la vida religiosa, o finalmente la organización de las ceremonias y del canto Sagrado.

18. El depósito inmutable de verdades de la Iglesia no contradice a la verdadera ciencia. Verdaderamente otros muy diversos tiempos se han sucedido. Mas cual lo hemos dicho muchas veces, en la vida de la Iglesia nada ha cambiado. Pues ella tiene esta fuerza, recibida en heredad de su divino Fundador, con la que en todos los tiempos, por diferentes que sean entre sí, puede no sólo proveer a las almas, lo cual es su obligación, sino también influir en gran manera en el verdadero progreso de la humanidad, lo cual se consigue por la naturaleza misma de su ministerio.

Ni es posible tampoco que las verdades reveladas que han sido encomendadas para su custodia a la Iglesia, dejan de promover lo que hay de verdadero, bueno y hermoso en la naturaleza de las cosas terrenas; y ello tanto más eficazmente cuanto mayor sea la relación con el principio de toda verdad, bondad y hermosura, que es Dios.

Grande es la utilidad que presta a la ciencia humana la doctrina de Cristo, ya porque por ella su campo se amplía ante las cosas nuevas que también en el orden natural deben estudiarse; ya por que por ella se allana el camino recto para la investigación y se alejan los errores acerca de la disciplina y del camino para conseguirla.

Como en el puerto la luz que resplandece desde el faro descubre a los navegantes en su nocturna travesía muchas cosas que permanecían ocultas, envueltas en tinieblas; así advierte los escollos que han de evitarse, en los que se estrellaría la nave y naufragaría.

Y en lo que pertenece a disciplina de las costumbres, ya que el Señor Salvador nos propone como supremo ejemplo de perfección, la misma divina bondad, Su Padre⁽⁵⁰⁾, ¿a quién se oculte, cuantos estímulos se le añaden para que la ley natural esculpida en las al-

mas de todos aparezca más alta y más perfecta, de suerte que ya los individuos, ya la familia, ya la sociedad humana gocen de una más próspera vida?

Fue en verdad ésta la fuerza que a los bárbaros convirtió de feroces en humanos; que recuperó la perdida dignidad de la mujer; que sacudió el yugo de la esclavitud; que restauró el orden, restituidos con equidad los vínculos que relacionan las distintas clases sociales; que promulgó la verdadera libertad, y aseguró la tranquilidad en la familia y en la vida civil.

19. La Iglesia y las Artes. Finalmente, las artes, levantadas al eterno modelo de toda belleza, Dios, del cual dimanaban todo el contenido y las formas que hay en la naturaleza de las cosas, se apartan más fácilmente de lo sensible y vulgar, y expresan mucho más vivamente la idea concebida en la mente, en lo cual consiste la vida del arte.

Y apenas puede decirse cuánto bien trajo esta inclinación de las artes por la religión, a cuya divinidad presentan las artes lo mejor de su fecundidad y abundancia, hermosura y elegancia. He aquí el origen del Arte Sagrado, en el cual se han fundamentado y siguen fundamentándose todas las artes profanas. Esto lo hemos tratado, hace muy poco, en Nuestro "*Motu proprio*", al volver a traer a sus antiguas normas el canto romano y el canto sagrado.

Y las demás artes están sujetas a las mismas leyes, cada una según su materia, de modo que, lo que se diga del canto se aplica también a las artes de la pintura, escultura y arquitectura, luminosas creaciones del ingenio humano que la Iglesia siempre ha promovido y protegido.

El género humano entero, nutrido con este manjar sublime, erige las molas de los templos donde en la morada de Dios como en el lugar más adecuado, las mentes se vuelven en medio de una maravillosa copiosidad de obras de arte, entre augustas ceremonias y suavísimos cánticos.

(50) Matth. 5, 48.

Estos beneficios, según dijimos, pudo prestar GREGORIO a su época y a la posteridad. Esos mismos beneficios, sobre cuya solidez nos asentamos, y con cuyos medios hemos sido preparados, podrán conseguirse, si estos bienes, que gracias a Dios aún los hay, son conservados con toda diligencia, y si las instituciones que se hubieran desviado del camino son "*restauradas en Cristo*"⁽⁵¹⁾.

20. Exhortación final. Nos es grato poner fin a esta Nuestra Carta con las mismas palabras con que GREGORIO terminó aquel memorable discurso pronunciado en el *Concilio Pontificio* de Letrán: "*Esto medítadlo bien en vosotros, Hermanos, y entregadlo a vuestro prójimo; preparaos para devolver a Dios Omnipotente el fruto que habéis sacado del negocio a vosotros encarga-*

do. Pero esto que decimos lo obtendremos orando con vosotros mejor que hablando. Oremos: Dios, que nos quisiste nombrar pastores del pueblo, ayuda, te lo rogamos para que ante tus ojos podamos ser verdaderos pastores como los labios humanos nos llaman"⁽⁵²⁾.

Mientras esperamos que, por la intercesión del santo Pontífice GREGORIO, Dios escuche benigno estas súplicas, os impartimos la Apostólica Bendición, augurio de dones celestiales y testimonio de Nuestra paterna benevolencia, a vosotros, Venerables Hermanos, y a vuestro clero y pueblo.

Dada en San Pedro de Roma, el 12 de Marzo, en el año 1904, fiesta de San Gregorio Iº, Papa y Doctor de la Iglesia, en el primer año de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA X.

(51) Efes. 1, 10.

(52) Hom. in Evang., lib. 1, homil. 17, n. 18 (Migne PL. 76, col. 1149-B y C).